

¡Era lo último que podía darle, ella que le había dado su juventud, sus placeres de niña, su alma entera!

Pero notó entonces, á medida que la reaccion se operaba, que no por tanto sufrir se llegaba á morir, sino que por el contrario, las facultades del entendimiento, las potencias del alma se engrandecian en medio del dolor; y entonces comprendió que la muerte es un beneficio, y que ese desarrollo de sus facultades hace mas sensible á la criatura los dolores.

En este estado de agitacion moral pasaron algunos dias.

VI.

LA repentina retirada de Manuel de las reuniones en donde era el primer elemento de placer, causó una profunda y general sensacion. Durante los primeros dias, todos los que alguna vez habian aplaudido al simpático artista tuvieron á punto de honor informarse de su salud; pero la terquedad con que el ciego se rehusaba á recibir las visitas que se le hacian, y mas que todo, los dias que fueron trascurriendo, hicieron que cayera en el mas completo olvido. El mundo no es tan pronto en elevar un ídolo, cuanto en olvidarlo; y la indiferencia que sucede á esas popularidades de un dia, es impasible y terrible como la muerte.

Esto era precisamente lo que aguardaba D. Diego, personaje secundario y nulo en nuestra historia, pero que sirve en ella como uno de tantos resortes involuntarios que vemos figurar en el mundo, y cuya accion no se conoce sino cuando ya han dado el impulso que la suerte les encomendara; cuando el hombre dice gimiendo entre sí: ¡si no hubiera existido!.....

Hombre sin corazon, frio egoista, D. Diego sabia cal-

cular y aguardaba los acontecimientos que pudieran coadyuvar á sus planes. Jamas se precipitaba; dejaba siempre que la suerte lo hiciera todo, y su talento consistia en no desperdiciar la ocasion. Era el reptil que asecha días enteros su presa, sin moverse; pero que una vez que esta se ha puesto á su alcance, no la abandona nunca.

Los deseos que en aquel corazon corrompido hizo nacer la hermosura de Rafaelita, léjos de amortiguarse con la ausencia de la jóven, habian crecido hasta convertirse en esa monomanía erótica que en los hombres gastados como él, suple á la pasion. Acostumbrado á triunfos fáciles, á amores venales, que son á los que los calaveras de cierta edad dan el nombre de buenas fortunas, no podia comprender una resistencia firme y obstinada; y Rafaelita era para él un objeto de deseo y una cuestion de amor propio.

Empero, en vez de desalentarse con las repulsas que habia sufrido, creía firmemente que llegaria una hora, un instante en que la jóven vendria á echarse en sus brazos: para esto contaba con el tiempo, que gasta todas las afecciones; con la uniformidad y monotonía de la vida solitaria, que desencanta del amor; con la miseria, esa consejera terrible que rinde y humilla las almas mas fuertes. —D. Diego era un hombre hábil que habia estudiado con fruto el corazon de sus semejantes.

Vió, pues, con siniestro placer la retirada de Manuel; y astutamente, sin comprometerse, porque era hombre de sobrada prudencia, coadyuvó á que el mundo le olvidara mas pronto, esparciendo algunas de esas voces vagas que hieren la reputacion y manchan el crédito de un hombre.

Entónces sucedió punto por punto lo que esperaba. El ciego, que no tenia para vivir mas recursos que su talento, que gastaba cuanto recogia, porque para los artistas como él, el dinero nada vale, comenzó á decaer desde la hora en que no vendió su ciencia.

Habia pasado apenas un mes, y ya ese abismo sin fondo que cada dia abre mas y mas su boca, habia tragado los objetos de que el hombre se desprende primeramente llamándolos superfluos para engañarse á sí mismo.

Al ver realizarse así una parte de sus cálculos, D. Diego tuvo un arranque de amor propio y creyó que lo demás era acaso mas fácil. Presentóse en consecuencia en la casa del músico, con quien recordarán nuestros lectores llevaba, si no estrechas, á lo ménos buenas relaciones.

No era necesaria mucha penetracion para comprender el estado en que Manuel y Rafaelita se hallaban mutuamente: bastaba mirar la frente arrugada y envejecida del uno, los ojos rodeados de un círculo morado y sombrío de la otra.

El hombre del mal se sonrió con esa sonrisa que solo tiene de ella el nombre; y si en su pecho pudiese haber habido otra cosa que hielo, diriamos que su corazon palpité de gozo.

—¡Hé aquí el momento oportuno, se dijo á sí mismo; ahora un golpe hábil y certero, y ya veremos lo que son esas virtudes invulnerables!

Y D. Diego llevó entónces á casa del músico, olvidado de todos, á su hermana Dolores.

El solteron era demasiado impasible para que pudiera

escapársele algo de lo que pasaba en torno suyo. Desde el primer día conoció el amor que su voluptuosa hermana inspiraba á Manuel; y este amor, que le importaba poco fuera ó no correspondido, entró en sus cálculos como un agente poderoso.—¡Si el señor de Mirafuentes hubiera echado mano de un puñal para alcanzar su objeto, la sociedad hubiera gritado: ¡infamia! ¡escándalo! pero en vez de un arranque que revelara un corazón apasionado, se servía de la intriga, sin reparar en los medios: ¿cómo había, pues, de censurarlo el mundo, que solo quiere el oropel?.....

El día en que D. Diego, acompañado de la señora su hermana, se presentó en la casa del músico, Manuel y Rafaelita se hallaban accidentalmente reunidos en la sala; pero entre sus almas existía siempre ese vano obstáculo, creado por la debilidad del uno y la imaginación de ambos; obstáculo que acaso iba á separarlos para siempre, y que, sin embargo, una sola palabra, un apretón de manos, hubiera podido hacer desaparecer. ¡Es tan poderosa la influencia de la mujer cuando tiene fé en su valor!.....

Rafaelita miraba con dolorosa atención á su marido, contemplando los estragos que en aquel rostro hermoso y varonil causara la lucha interior, y pensaba tristemente en una próxima muerte que le devolviera á aquel su libertad, cuando de pronto sintió en el corazón un choque, como si toda la sangre que corría por sus venas hubiera retrocedido de golpe.

Volvióse violentamente, y recibió un estrecho y afectuoso abrazo de Dolores y un saludo de D. Diego, lleno del mas profundo y galante respeto.

¿No habeis experimentado algunas veces este fenómeno misterioso, especie de adivinación, que llamamos corazónada, y que jamas engaña?..... ¿No os parece que estos presentimientos son una prueba irrefragable de las sobrenaturales influencias á que nuestro sér está sometido?.....

¡Dolores en casa de Rafaelita! La casta esposa tuvo un momento de indignación; mas se contuvo, y con santa y divina humildad recibió á la que le robaba el corazón de su marido. Aquello era la abnegación llevada hasta el heroísmo!.....

Manuel balbuceó las primeras palabras de un saludo, como un niño tímido, y no pudo recobrar su calma y espíritu habituales.

La visita fué corta; y Dolores, que entrara animada, alegre, expansiva, salió triste y violenta como si se la hubiese desvanecido alguna esperanza.

La conversación no pasó de lugares comunes, de frases de estampilla sobre el tiempo, los vestidos, el teatro; y sin embargo, D. Diego salió satisfecho; Rafaelita se retiró á un extremo de la casa á llorar libremente, y Manuel quedó confuso, agitado.....

¡Amor! apenas habrá otra palabra en el lenguaje de los hombres de que mas se abuse. ¡Amor! con ella se expresa la unión perfecta, casta y pura de dos almas; con ella tambien una necesidad torpe y grosera, un capricho, un crimen, una enfermedad! ¡Amor! la pasión de una hora, y el sentimiento que sobrevive á la muerte y va á ser el lazo de unión de dos

séres en el cielo.....!—Los idiomas son aún demasiado imperfectos y necesitan purificarse muchísimo para llegar á ser siquiera el alfabeto del alma!

Acaso por la misma razon que D. Diego amaba á Rafaelita, Dolores amaba á Lorenzo. La naturaleza está llena de estas singulares contradicciones; así como el amor espiritual tiende á la armonía, pues que es el principio de ella, así esas naturalezas terrenales buscan en los contrastes lo que puede excitarlas.

La viuda que en la flor de sus años, tan ardiente y hermosa como era coqueta y egoista, se habia divertido en encender pasiones de que nunca participaba; que se habia casado sin amor, porque para ella no habia en el mundo mas que el placer, y que despues de haber enviudado no buscaba sino lo que pudiera satisfacer su naturaleza robusta y voluptosa, habia llegado á amar á Lorenzo. Tan cierto así es que para todas las naturalezas luce aunque sea un destello de esa emanacion divina, y solo las muy depravadas se agitan en su perpetua é infecunda oscuridad!..... ¡Era este un amor extraño que tenia rasgos de la pureza de una pasion perfecta; pero que no era en realidad sino la expresion del carácter de aquella mujer, ángel caido! ¡Era ese amor violento, impetuoso, que quiere avasallar al propio tiempo el alma y el cuerpo; que no se contenta con miradas y luz, sino que anhela caricias, besos, placeres; amor, que si llega acaso á formarse idea de la fusion de las almas, no cree pueda efectuarse de otra manera que en un embriagador abrazo!.....

Pero este cariño no era correspondido: Lorenzo, meditando, concentrado dentro de sí mismo, no comprendia

los ojos de Dolores, ardientes y húmedos de voluptuosidad, que se clavaban en él; elevada su alma á las mas altas regiones del sentimiento, no percibia tampoco la dulzura fascinadora de la voz de la viuda, que se derretia en cada una de sus palabras.....

Tal era poco mas ó ménos la situacion respectiva de los ánimos, en el momento en que arrastrados por sus sentimientos nuestros personajes, iban al fin á estrellarse los unos contra los otros.

La historia que hemos tomado á nuestro cargo referir, es uno de esos dramas complicados, pero silenciosos, sin testigos, sin acontecimientos casi, que se forman, crecen y se desarrollan dentro de la conciencia, á semejanza de los volcanes que nacen lentamente en las entrañas de la tierra y no se hacen sentir sino en el momento de una súbita erupcion. ¡Historia difícil por cierto de narrarse, donde una mirada es una peripecia, una palabra una crisis!